

# AHÍ DONDE EL RIESGO LATE

Iria Fariñas



# AHÍ DONDE EL RIESGO LATE

Iria Fariñas

COLECCIÓN PIEZAS DE NARRATIVA

Primera edición, septiembre 2025

©Iria Fariñas, *Ahí donde el riesgo late*

**Ilustraciones:** ©Verónica Durán

Foto de la autora: ©Mara Saíz

**Edición:** ©Piezas Azules, editorial independiente  
piezasazuleseditorial.com

**Imprenta:** Estugraf

**ISBN:** 978-84-129256-6-1

**Depósito legal:** M-16065-2025

**Piezas Azules** llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

# AHÍ DONDE EL RIESGO LATE

Iria Fariñas

Edición limitada y numerada de 300 ejemplares



# Índice

<b>Prólogo: ¡Vean a las circenses!</b>	<b>13</b>
<b>I. Punto de partida</b>	<b>19</b>
Mientras falten los perdidos	21
Tierra adentro bailan las larvas	29
Ventana de emergencia	43
Al fondo de cada garganta desovan los anfibios	79
<b>II. Trayecto</b>	<b>97</b>
Casi inabarcable caldo de cultivo	99
Tan frágil como la carótida de un ciervo	105
Personas tendidas en el cielo	113
Por ahora todo está perdido menos el final	121
<b>III. Destino</b>	<b>131</b>
Si acaso fuera un pedazo de tu forma	133
No habrá tormenta sin néctar ni escarcha	141
La redención se aprende de las anémonas	149
La misión de la sombra no es el refugio	155
<b>Agradecimientos</b>	<b>163</b>
<b>Nota de la editora</b>	<b>165</b>

## ¡Vean a las circenses!

De entre todos los cuentos de Kafka uno que aún me sigue fascinando es el de *El ayunador*. Es quizá ese modo suyo de traernos una figura de otro mundo empleada en el sofisticado arte del hambre. No solo esa neurosis lo compone. *El ayunador* participa de la filia antiquísima y preparada de todos aquellos que acuden al show de los monstruos o que, por ende, ya no van porque se escandalizan. Desde el imperio austrohúngaro hasta nuestra actualidad perviven bastiones legañosos de testigos y obscurantistas. Las figuras de Iria Fariñas también pertenecen a otro mundo. El de los lagos con bestias, o los crímenes en residencias de estudiantes, el de las imágenes de los pueblos donde también mueren las jóvenes y donde las imágenes de los perdidos se encuentran una y otra vez en la boca de los demás. La escritora explora el culto a esa mirada que prepara a los normales frente a sus personajes todos alucinados, tan sumamente escénicos, mórbidos, retraídos; entregados al sustrato de la violencia que ejercen los espectadores del *freak show*.

Las muchachas que la autora confabula son ayunadoras exactas, captoras de los tiempos de los demás habitándolos así. Sus cuerpos, escenas-marioneta, dibujan las escalas de los mapas de los golpes que encarnan:

Mírame aquí. Sitúate en este lugar que te muestro. Tócame, ¿acaso no soy la piel sobada por su oculocentrismo?

Del teatro al cuento, la autora inventa un rinconcito de palabras donde sus protagonistas actúan. Con Iria no es leer, sino ver. No es detenerse ante un relato, es ensombrecerse por su sinuoso curso. Mimética, sinestésica, infantil, cruel, alimentada por los fantasmas de Comala, un poco perrita de papá, o profesor cerdo y obsesionado con las jovencitas, o casi novela de residencia de estudiantes repleto de mujeres envidiosas y sexuales y ambivalentes, y poética o cantarina, o: voy a decírselo con dulzura solo por ser más doliente horadando así su pupila voyeur.

A medida que Fariñas avanza, (a medida que el circense ayuna), tuérganse los tobillos o vayan cayendo de la trenza hipotética de la literatura, (hablan aquellos que vinieron a verlo morir de hambre igualito que un perro ratonero), se desdibujan ellas por ellos porque en los cuentos también hablan ellos con sus soporíferas batallitas y sus duelos con bayonetas y sus cartas (allí en mitad de Bohemia nadie escribe cartas. «El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa, para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre»).

Iria Fariñas es también algo piñerista ¿caníbal? Al igual que los bailarines de Virgilio se devoran así mismos en su devoción por *La carne*, el universo de la escritora se arroja para sus adentros, allá donde bailan larvas, donde giran y giran, donde surge el egotismo nutricional, la mirada plena a los personajes que se observan, en sus andares, sus pasos, la belleza del cautiverio o del maltrato. ¿Es este el riesgo del que nos quiere hablar Iria? El de una mirada ensimismada en el otro o en uno mismo. ¿Es esta la cárcel del ayunador? ¿Su gesto condenatorio? San Juan de la Cruz para explicar la enseñanza que le prodigamos a nuestra alma escribió «déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar y despreciar y serás perfecta». Con esta misma fuerza plena y ligera, la de la tranquilidad de las posesas enloquecidas, la de las perras hambrientas... con esa misma determinación contorsionista, con esa altura de zancuda y esa verborrea titiritera y esa ventrílocua voz de los otros que hay en ella actúa nuestra escritora. Veámosla. Es ahora que nos está bailando su hechizo. Nos invita a su juego, a su magia.

Rodrigo García Marina

## I. PUNTO DE PARTIDA

Cuando quiero mirar nuestro mundo con los dos ojos,  
lo que percibo son dos mundos superpuestos:  
uno luminoso y claro, sorprendentemente nítido;  
el otro impreciso y sutilmente sombrío.

*Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura,*  
*KENZABURO OÉ*

No será la belleza ni la bondad lo que les conmueva,  
solamente el horror les hará sentir algo.  
Pero cuando la belleza les conmueva al fin,  
sufrirán.

*Ciclo de las resurrecciones,*  
*ANGÉLICA LIDDELL*



## Mientras falten los perdidos

Empezaba a ver que los que buscan  
a una persona tienen algo,  
una marca cerca de los ojos, de la boca, la mezcla de dolor,  
de bronca, de fuerza, de espera, hecha cuerpo.  
Algo roto, en donde vive el que no vuelve.

*Cometierra, DOLORES REYES*

No volvió. Ni ese día, ni al siguiente ni al otro. La solución que dieron los Cuerpos fue resignarse: carpetazo al caso y listo. No había más que olvidar. Como si los nombres se destruyeran a base de no pronunciarlos. Nos entregaron una certeza quebradiza: quizá no regrese nunca. Ese quizá era un puñetazo en el cuello: inesperado, mucho más peligroso que el golpe habitual en la nariz o el ojo o la mandíbula. Es más probable morir por un puñetazo en el cuello.

La Julieta quiso hacerle un velorio sin cadáver. Compramos un ataúd, insistía, nadie tiene por qué saber lo que hay o no hay dentro. Y ante mi falta de respuesta: no tienes que preocuparte, yo tengo ahorrado. Mira, vi esta oferta, ¿qué te parece?

Empecé a tener sueños en los que una vocecita, fina como la de Rebeca cuando se despertaba en mitad de una pesadilla, me llamaba desde el ataúd. Al principio me daba miedo el modo en que lloraba, con ese gesto contenido, como hacía siempre que le daba vergüenza el motivo del llanto.

Como cuando se le rompió el palitroque aquel que usaba de muñeco y me la encontré sorbiendo mocos por las esquinas. Aquella vez le grité que si era tonta. O quizá dije algo peor.

Al final, en el sueño, tampoco podía soportar el llo-ri-queo y agarraba una palanca para abrir la maldita caja que yo ni quería comprar. Estaba tan molesta que tardaba en re-parar en que, tras la madera de contrachapado de nuestro ataúd en oferta, golpe tras golpe, aparecía otra lámina igual a la anterior. Tocaba la nueva capa con ambas manos. La madera estaba tibia, como si absorbiera el calor de Rebe-quita. Yo recurría de nuevo a la palanca, con una fuerza del demonio, renovada, casi cósmica. Ella seguía llorando y lla-mándome cada vez más y más alto mientras retiraba más y más capas nuevas que estaban cada vez más y más calientes. Aquella peladura se volvía eterna, hasta el punto de que, en cierto momento, empecé a temer llegar a su centro. Imaginé el núcleo de una cebolla roja. Una cebolla sangre. Una cebo-lla útero a la que le han arrancado todas sus capas hasta solo quedar la placenta, palpitante.

El sueño se repitió durante las tres noches en que es-peramos a que llegara el ataúd. Lo traían desmontado. No me lo puedo creer, resoplé al verlo. ¡Hasta la muerte tiene que armarla una misma! Un poco sí, dijo la Julieta, y siempre van a faltar piezas. Creo que luego se arrepintió del comentario, porque cuando volví de trabajar lo había montado ella sola y lo había dejado presidiendo la mesa del comedor mientras preparaba buñuelos y chocolate caliente.

Todo el pueblo asistió al funeral, incluyendo a esos policías inútiles que habían dado por muerta a mi hija sin ha-cer siquiera un último esfuerzo. Asistieron sus compañeritas de clase y profesoras, su pediatra, la lechera y el panadero, don Francisco y sus cinco hijos, los primos de la Siruela, Rosita y sus dos caniches, Eleonora con su propio duelo y sus fantasmas y hasta los de la finca de las afueras de los que

nadie conocía ni el apellido. Eran seis (los padres y cuatro niños de varias edades) y trajeron todos caras lacias enmarcadas por unas gafas de sol idénticas. Llegaron así, tan blancos, tan callados, que parecieron inaugurar ellos la presencia de la muerte. Se sentaron en la última fila y no dijeron ni una palabra en todo el acto. Ni siquiera se acercaron a darnos el pésame ni a comer alguno de los dulces horneados por la Julieta. Me sentí observada todo el tiempo, eso sí. Ni siquiera sabía de qué color eran sus iris tras las gafas, pero los sentía como rayos láser que me quemaban la piel bajo la ropa de luto. No fui capaz de mirarlos fijamente ni una vez, me quedaba en el reojo como mucho. Para cuando todo el mundo se hubo ido, no recordaba si tenían el cabello rubio u oscuro, si eran altos o bajos, si realmente estaban tan flacos como parecía o si solo tenían huesos largos que los estilizaban.

El ataúd vacío permaneció una noche más en nuestra casa. Al día siguiente habíamos contratado un entierro en el cementerio local, de nuevo con toda aquella manada de gente triste, de gente que no quería seguir buscando, a mi lado. Quizá fue eso lo que me hizo soñar con el ataúd matrioska una vez más.

Esta vez llegaba a romper la última capa. La atravesaba, triunfal, y percibía la liberación de la nada al otro lado. Entonces, un tirón: Rebeca se había aferrado al extremo de la palanca. Ya no lloraba. Tiré de ella. Primero emergieron sus manos, tan pálidas y afiladas que temí que hubiera enfermado allí adentro. Después unas mangas negras de una prenda que no recordaba haberle comprado. Y, finalmente, la cabezita llena de rizos castaños. Primero la coronilla, después la curva de la frente cabizbaja. Se detuvo. Di un nuevo tirón, para indicar que siguiera. Vamos, mi niña, vuelve, mamá está aquí. Entonces Rebeca levantó la cabeza y me miró a través de unas gafas de sol rectangulares, exactas a los de las afueras.

Los sueños continuaron, salteados entre noches de insomnio. Me notaba observada siempre por ella, como un amado rayo láser perforando a cada instante una cebolla vieja. Pero jamás, jamás, he sido capaz de volver a mirarla.